

**Juan Perucho: «La obra reciente de José María Subirachs», *Destino*, 25 de febrero de 1967, p. 47**

Conocía ya parte de la obras más reciente del escultor José María Subirachs, en ocasión de haberlas éste expuestas a mediados del año pasado en el Ateneo de Madrid. Con dicho motivo escribí un artículo en el que afirmaba que este artista marchaba decidido por los caminos de la invención, de lo misterioso y poético. Este mundo tiene como soporte la realidad, pero una realidad inventada, que juega con el equívoco del ser y no ser. Sus esculturas son como productos mágicos de un cunqueriano Merlín, y se abren ante nuestros ojos atónitos como cajas maravillosas que nos perfilan un inexplicable y fascinante destino. Un rostro, un desnudo de mujer aparecen, delicadamente cincelados, reflejándose, a veces, en un espejo, sin que sepamos a ciencia cierta dónde radica la identidad corpórea de tal rostro, de tal cuerpo de mujer. La ilusión, en ocasiones, la otorga un vaciado, huella ligera de una presencia que se fue. Realidad e imaginación, pues, operan aquí de conjunto, sumergiéndose y sumergiéndonos en relaciones extrañas, en citas con sueños y alusiones, en voces que no existen. Todo es como una interrogación de lo inexplicable, porque el hombre, a pesar de la pedante racionalización del mundo, ignora la razón de lo creado. Sólo los poetas y los artistas pueden contestar a estas interrogaciones permanentes del hombre, porque sólo a ellos les está dado ver sin comprender. Ellos nos brindan, como única respuesta posible, la imagen de lo que vieron. Y esta respuesta basta casi siempre para dar sentido a algo: a un sueño, a una vida errante, al fatigado y aburrido corazón del mundo.

Estas consideraciones tengo que mantenerlas aquí, ante esta gran exposición que ahora José María Subirachs celebra en la Sala Gaspar. Estamos ante una exposición importantísima, tanto por la cantidad de las obras expuestas como por la carga de expresión que ella contiene. Quizá nunca como ahora se nos había mostrado Subirachs tan coherente en su mundo, tan rico de sugerencias personales, tan idéntico a sí mismo dentro de su fecunda variedad. También, y esto es otro capítulo, tan sabiamente organizado, con un dilatado caudal de experiencias materiales y con una técnica impecable que nos devuelve el sentido orsiano de la «obra bien hecha». Nos hallamos aquí, por fin, ante un quehacer cordialmente profesionalizado, que es obra de una voluntad humana e inteligente dirigida a un objetivo real que está ya en la mente y no en el azar del hallazgo. Naturalmente que el arte es hallazgo, pero no en el sentido efímero de improvisación sin esfuerzo, sino en el del hallazgo del alquimista que sabe cuáles son las fuerzas ocultas que hay que poner decisivamente en juego.

Subirachs devuelve a la escultura su sentido primitivo; es decir, vuelve al concepto de un todo en el que cada perfil contiene en germen a los demás, cada forma determina y es determinada por las otras de su estructura. Pensamos aquí que todo es libre y, a la vez, previsto; todo se organiza hacia la unidad fértil de la obra de arte. Pero es una unidad que tiene dos cosas inseparables: forma y peso, densidad y organización. Y ello es de tal manera que la densidad de la materia se halla siempre imbricada en la densidad de la

forma. Esto le confiere perennidad, no en el sentido trivial de lo que dura materialmente, sino en un sentido absoluto: de que, de una vez para siempre, se halla dotada de vocación para lo eterno.

La acomodación del espíritu a estas obras se realiza por la sensación directa de aventura. Estamos ante una intensa aventura espiritual, en la que asistimos a un despliegue de posibilidades formales. Por ejemplo: el perfil de una mujer, como decíamos al principio, puede ser, efectivamente, el de una mujer, pero puede, asimismo, dilatarse en una fabulosa cornisa o en un muro. ¡Qué extrañas sugerencias se agolpan entonces, de pronto, en la mente, y que posibilidades de dramatizar una pura idea! Es algo que, aunque distintamente, nos recuerda algunas secuencias de Fellini, porque, en el fondo, algo de cinematográfico hay en el universo que nos plantean las esculturas de Subirachs. Una imagen, de este modo, nos transvasa casi siempre a otra imagen, nos narra un acontecer, un dinamismo poético y alusivo. Es como un espejo fulgurante que nos ofrece una realidad que huye multiplicándose y empequeñeciéndose hacia el infinito. Y esto se me ocurre, no como la generalización hipotética o aproximativa, sino, precisamente, ante una pieza muy concreta de Subirachs que ahora tengo, en este preciso instante, ante mí.

Todas estas esculturas de Subirachs aspiran a la más noble monumentalidad. Llevan en sí una aspiración a lo que es metafísicamente absoluto. Todas ellas cobran una vida impetuosa, que se afirma a sí misma, y que se irroga su propia esencialidad. Por ello, imaginamos que, lograda físicamente esta monumentalidad para la que están creadas, darán inmediatamente sentido a algo: a un paisaje, a un cielo, a un trozo de la orla del mar. Imaginamos también la relación con lo humano, y habremos de admitir el estallido de la voz contra estos muros, el paseo meditabundo de los visitantes bajo la luz del día, la representación de los mitos que el hombre crea en su soledad.

Como hemos dicho, estamos en presencia de la exposición más importante de José María Subirachs. Por otro lado, es esta una exposición no sólo significativa por su entidad, sino por su carácter de testimonio de una peculiar problemática: ella reivindica la libertad y la imaginación.